

## La emoción en movimiento

Ramon Oller. Coreógrafo, profesor

### JOSEP MASSOT

Ramon Oller lleva ya veinte años con su compañía de danza Metros y ha llevado su baile por todo el mundo, ha trabajado con Nacho Duato, Cristina Hoyos o Jean-Christophe Maillot, con el Ballet Hispánico de Nueva York o el Ballet de la Ópera de Essen. Le han llamado el Almodóvar de la danza, ha ganado todos los premios nacionales, y tras cuarenta espectáculos, él se mantiene fiel a sus raíces de Esparreguera. "Cuando hice *Carmen*, la gente se extrañó, pero me gusta recordar que el paisaje que veía cada día en mi infancia era la montaña de Montserrat, mientras escuchaba a mi madre cantar flamenco", comenta el coreógrafo, que sigue esculpiendo la disciplina de su cuerpo con dos horas diarias de gimnasia: "Si dejas de hacerlo, has de empezar de cero".

Ramon Oller nació en Esparreguera en 1962. Su padre, payés, conoció a su madre en Almería, y él trabajaba a los siete años como repartidor de leche, mientras sus hermanos se hacían cargo de la carnicería. "Ese contacto -dice- con el campo me ha influido en tomarme la vida con naturalidad, atento a lo que es realmente necesario, a lo que tiene importancia y lejos de esa sociedad de lo aparente que hay en la ciudad". En Esparreguera hizo desde muy pequeño todos los papeles de la *Passió*, eterno Niño Jesús, hasta que un día se cansó y pidió crecer. La culpable de su dedicación al teatro fue Lola Lizaran, hermana de Anna, que le animó a que estudiara teatro en serio, una llama que sintió arder en un pase de *Las Magdalenas*, basada en un texto de Marguerite Yourcenar.

Oller -su padre había muerto cuando él tenía doce años- se matriculó en el Institut del Teatre de la calle Elisabets, donde encontró a Lluís Pasqual, José Sanchis Sinisterra y, sobre todo, a Albert Boadella, con quien impartió un taller de máscaras que todavía conserva en su estudio. Era una época en que descubrió dos cosas: su sexualidad escondida y que su verdadera vocación no era el teatro de texto. Lo vio claro cuando rechazó un papel en una película de Antoni Ribas y prefirió un curso de teatro de acrobacia. En el pueblo había participado en los *balls de dimonis*, pero nunca había pensado que se dedicaría a la danza, entonces vista como algo inapropiado para un hombre. Lo decidió sin pensar, hablando con un Josep Montanyés escéptico con su futuro como actor: tenía una amiga que bailaba en el Ballet de la Ópera de París y, con sólo 60.000 pesetas, allá se fue a aprender a bailar. "Siempre me he trasladado a otra ciudad por ese sentimiento tan payés de saber que allí hay alguien de tu pueblo que en caso de apuro te podrá ayudar: así lo hice en Barcelona, en París y después en Nueva York, en Brooklyn", se ríe con ganas Oller, revelando la vasta conexión internacional que despliega la gente de Esparreguera.

En París estudió con Peter Goos y de vuelta a Barcelona, su verdadera formación la realizó en La Fàbrica, la escuela de danza contemporánea de Gràcia, donde por primera vez aprendió a expresar como quería sus emociones y donde encontró a profesores internacionales que ahora recuerda como "un lujo". "No hay nada más sincero que un creador -dice-, si te engañas a ti mismo, no puedes crear nada que valga la pena". Oller fue a Londres a estudiar el método Graham, que define como "una danza pasional, visceral, terrenal, con un culto femenino, adoptando expresiones artísticas de Oriente, de Japón y del yoga, muy sexual". Para Oller "es una danza intelectual, abstracta, Graham no trabaja la coreografía si la música ya está hecha". Él practica el método José Limón, que aprendió más tarde en Nueva York, "una danza que expresa emociones, sentimientos, que recoge conceptos de teatro y es más narrativa, hace la coreografía a partir de la música".

Ramon Oller tiene otra cara, la pedagógica, que nunca remite: cada año hace un *stage* en Nueva York,

donde no sólo enseña, sino que aprende como un alumno más. "Me equivoco y hay que reconocerlo. No contemplo el egocentrismo, el movimiento en la danza ha de ser como el respirar. No nos damos cuenta de que respiramos y sin embargo no podemos vivir sin hacerlo". Ramon Oller cuando enseña o dirige a sus bailarines no intenta hacer apostolados o doctorados y agradece las muchas lecciones prácticas dadas por Cristina Hoyos, buscando siempre la sensibilidad, el movimiento esencial, sincero, alejado de las modas, y purificado de lo superfluo, una danza para la que el público no "necesite programas de mano para apreciar".



Imagen de José María Alguersuari